



### **3. Espacio urbano, poder de las plazas y municipalismo**

## **Poder, estrategia y elecciones ante el ciclo político del Estado español**

*Brais Fernández e Isabel Serra*

En el Estado español vivimos una situación compleja y aparentemente contradictoria, y el modo de expresión de la crisis de régimen por parte de los de abajo ha mutado enormemente. Por una parte, la movilización social vive un reflujó relativo, con excepciones como la resistencia de los trabajadores de Coca-Cola o la de los afectados por la Hepatitis C, simbólicas para mucha gente pero muy sectorializadas en su acción o incapaces de reiniciar un ciclo general de movilización. Pero esa aparente calma en lo social no puede esconder que las energías e impulsos de cambio se han trasladado al plano electoral. En esa esfera se ha concretado la crisis del régimen del 78: las grandes herramientas integradoras, vehículos de los consensos entre clases, el Partido Popular y el PSOE, se muestran incapaces de articular la gobernabilidad en los espacios

de representación tal y como lo venían haciendo hasta ahora. Toda estrategia rupturista pasa por aprovechar los eslabones más débiles del régimen como punto de partida para fortalecer las deficiencias del movimiento popular. La siguiente cita en el campo de disputa electoral son las elecciones municipales y autonómicas; si entendemos que la actual coyuntura es una síntesis de diversas fuerzas y dinámicas en disputa, tenemos que empezar este artículo anotando algunos precedentes que nos parecen fundamentales para la configuración de la actual coyuntura.

## **Hitos y dinámicas: del 15M al 25M**

La potencial crisis de gobernabilidad del régimen del 78 no se entiende sin la profunda crisis estructural del capitalismo global, que se expresa en el Estado español en la crisis económica tras el estallido de la burbuja financiero-inmobiliaria que alimentó el pasado ciclo de crecimiento y las políticas de austeridad. Las consecuencias sociales han sido devastadoras para la mayoría de la población: más desigualdad, precarización de las clases populares y empobrecimiento.

El patrón productivo y financiero del Estado español, profundizado por la arquitectura institucional de la Unión Europea, elimina la posibilidad de una salida de la crisis por parte de un solo país. Sin embargo, paralelamente, la inestabilidad social causa de la crisis política que viven Grecia o el Estado español puede convertirse en el epicentro del terremoto que ponga en jaque no solo el régimen del 78 sino el conjunto de la Unión Europea, frente a los intentos de cierre en una suerte de “refundación del capitalismo” por parte de las élites. En este artículo nos interesa destacar el correlato socio-político de esta crisis en el marco del Estado español, la movilización popular que ha pasado de lo social a proyectarse en lo electoral, haciéndose un hueco entre las otras fuerzas políticas, y las implicaciones que tiene esto para el mapa político previo.

De modo que, si bien la crisis económica es el marco objetivo en el que se enmarca la crisis del régimen, es la respuesta por abajo la que abre la crisis política y las oportunidades de cambio o de recambio. Nos interesa destacar esta idea: la crisis de régimen es un ciclo abierto por el 15M, que saca a la luz todas las desafecciones políticas latentes, les da forma invalidando los viejos consensos entre clases, creando un nuevo aparato simbólico y fabricando la oportunidad de la construcción de nuevos actores políticos como Podemos. Porque el 15M no fue solo una impugnación ante la incapacidad sistémica de garantizar un futuro seguro y estable a amplias capas de la población, sino también contra las “izquierdas realmente existentes” como el PSOE, IU o los sindicatos, que eran los que tradicionalmente habían gestionado las demandas “integrables” de las clases subalternas. No se trata de poner a estos agentes al mismo nivel: es obvio que IU no comparte la misma responsabilidad que el

“... una disputa entre una renovación de elites que no aborde las causas estructurales de la crisis o un punto de ruptura que democratice todos los aspectos de la vida social. Revolución o restauración”

PSOE en la gestión del régimen del 78 (aunque el PCE fuera una pieza fundamental en su constitucionalización) o que sectores de los sindicatos han combatido con coherencia en favor de los intereses de los trabajadores. Lo fundamental en este caso es que fueron percibidos por un sector cada vez más grande de la población como incapaces de responder a sus demandas y de ejercer su función como representantes, ya que habían pasado a aplicar políticas con base en las necesidades de los mercados financieros o a sus propios intereses, precarizando a los propios representa-

dos. De modo que el malestar, si bien tiene efectos políticos, partió de la situación económica. En paralelo, los sectores más movilizados los ven como herramientas que ya no servían para construir una alternativa a lo existente. Surge así un vacío en la esfera de la representación.

Ese vacío destruyó la normalidad y pasividad sobre la que se sostenía la estabilidad del régimen. El caso más extremo de cómo los consensos mutan en disensos lo vemos en el caso de la corrupción. Si bien la corrupción era algo profundamente arraigado en el sistema político español, ese arraigo era también norma, un consenso y por lo tanto una forma de gobierno, no una demanda agregadora de los descontentos. Fue la movilización social la que convirtió lo existente pero invisible en el foco a través del cual el régimen pierde legitimidad, sin olvidar que la transversalidad de la corrupción se fundamenta en una idea muy arraigada que es el punto de partida de todo quehacer político en la actual coyuntura, esto es, que la crisis se soluciona con más democracia, que es la conquista de nuevos mecanismos para el ejercicio del poder político la que nos puede permitir crear otra salida. Idea transversal y por lo tanto una disputa entre una renovación de elites que no aborde las causas estructurales de la crisis o un punto de ruptura que democratice todos los aspectos de la vida social. Revolución o restauración.

Si el 15M es el punto de partida en el cual se hace efectiva la crisis de régimen, las elecciones europeas del 25 de mayo son el hito que concreta la alternativa a esa crisis. Podemos irrumpe ocupando ese espacio no representado, recogiendo sus demandas y sus contradicciones, apareciendo como “la llave para abrir el candado del régimen del 78”, como dice Pablo Iglesias, pero sin un proyecto de cierre claro.

## **La lucha electoral en las formaciones sociales neoliberales**

Nos parece importante hacer un apunte sobre el papel específico de las luchas electorales en este periodo. No utilizamos el término “lucha” por casualidad:

queremos recalcar que vemos lo electoral como un frente más, con sus especificidades y su importancia particular, en la lucha por construir una alternativa al capitalismo. Eso significa no limitar y separar la lucha electoral del resto de luchas, ni tener una visión liberal de los procesos electorales, que limitan el ejercicio democrático a las esferas de los espacios parlamentarios y representativos, deteniendo la democracia a las puertas de los centros de producción económica o de los espacios de conflicto que existen en la sociedad civil. Se trata de partir de las legitimidades existentes para erosionarlas. Si bien la izquierda socialdemócrata o eurocomunista tenía una visión de los procesos electorales como parte de una lenta “guerra de posiciones”, basada en la acumulación de fuerzas en las estructuras representativas de los aparatos del Estado, nosotros planteamos darle la vuelta a esa dinámica. Proponemos ver los procesos electorales como elementos disruptivos, que sirven para desordenar el estatu quo y, paralelamente a la toma del poder electoral y la apertura de un proceso por arriba, dotar a las clases populares de puntos de apoyo para la acumulación de fuerzas en el terrero de la autoorganización y de la construcción de una institucionalidad alternativa que posibilite la existencia de un gobierno de ruptura. Solo este “contrapoder” puede soportar la contraofensiva por parte de unas élites que, si bien están desgastadas en Grecia o el Estado español, gozan de total bienestar en el conjunto del capitalismo global.

La cuestión del uso de los procesos electorales como “inicios de la ruptura” también tiene una base histórica. El neoliberalismo es, ante todo, una maquinaria ideológica y material de atomización política y social de las clases trabajadoras, a través de la agudización de la competencia intraclasista y de su expulsión de los nichos conquistados en las relaciones estatales. Movimientos que surgen de la necesidad de resistir, como el 15M, la PAH o las Mareas, recomponen parcialmente los lazos sociales destruidos por el neoliberalismo, o por lo menos, palian su destrucción en la esfera social, cotidiana, pero no reconstruyen por sí mismos el proyecto político socialista, aunque sean la base para su reconstrucción. Se hace necesario buscar puntos de incardinación en un plano que dispute el poder político, es decir, en hitos de lucha concretos que vinculen toda la desafección y la resistencia acumulada y dispersa en el plano de lo social.

Con todos sus límites programáticos y de proyecto estratégico, Podemos fue capaz en cierta medida de explorar el desarrollo de estas potencias. Las elecciones europeas del 25M fueron un “golpe” en la estabilidad del tablero político del régimen, no tanto por el resultado obtenido, sino por la sensación de que ganar en el plano electoral es posible, lo cual es en esta coyuntura una precondition necesaria (aunque no suficiente) para iniciar un proceso transformador. Por otra parte, el proceso electoral fue también un proceso de autoorganización popular, concretado en los círculos de Podemos. Es obvio que este desarrollo se ha visto limitado en el periodo posterior, con el giro de

la dirección de Podemos hacia la constitución de una “maquina de guerra electoral” (en palabras de Iñigo Errejón, secretario político del partido), pero esas posibilidades siguen abiertas y Podemos aparece hoy como un actor capaz de vehicularlas, aunque como explicaremos más abajo, creemos que no lo logrará solo.

## **Ciclo electoral y cambio político: las estrategias de la izquierda**

En el seno de la izquierda política se han planteado varias estrategias para el ciclo electoral del próximo periodo, que consta de tres disputas: municipales, autonómicas y elecciones generales, aunque el primer asalto se produjo ya en las elecciones europeas, pese a que muchos actores no eran conscientes de ello, por lo que podemos decir que partimos ya con un escenario condicionado.

La estrategia de Izquierda Unida tiene como objeto fundamentalmente su supervivencia como proyecto político, muy vinculada a sus resultados electorales, que le proporcionan sus principales medios económicos y de intervención política. La irrupción de Podemos ha puesto contra las cuerdas a IU por varias razones. Herederos de la estrategia eurocomunista de “lenta acumulación de fuerzas en los aparatos representativos del Estado” de la que hemos hablado más arriba, esta estrategia tiene un correlato concreto en esta coyuntura. En un contexto donde el régimen es estable a nivel electoral, el voto es más fiel, más estático y por lo tanto, las campañas electorales son un ejercicio de rutina, ya que responden a identidades “estandarizadas” del electorado. El problema al que se enfrenta IU tiene su raíz social en el 15M; a pesar de sus intentos, ha sido incapaz de salir de ese margen “izquierdo” en el que ha sobrevivido durante décadas, tras el fracaso del PCE en la transición para convertirse en el partido hegemónico en la izquierda, al estilo del Partido Comunista de Italia (PCI). Cuando el 15M desordena el tablero político surgido del 78, IU se enfrenta a una dicotomía difícil de resolver: o lanzarse a construir un proyecto político que entronque con el nuevo imaginario colectivo (lo que significaría su conversión en parte de algo más amplio) o conservar su espacio político tradicional. Este análisis no pretende ser una crítica desde una supuesta superioridad moral: Ernest Mandel explicaba que los aparatos políticos o sindicales tienen una psicología específica que él denominaba “la dialéctica de las conquistas parciales”. Esto es, una relación entre el conservadurismo provocado por el miedo a perder lo conquistado (en el caso de IU: un aparato, un electorado, una identidad) y unas determinadas dinámicas sociales que solo te permiten sobrevivir asumiendo cambios bruscos y repentinos. IU se encuentra ahora mismo en esa situación: con su espacio electoral cada vez más menguado, un sector de su dirección apuesta por replegarse; otro, por resistir sin renunciar a su identidad tradicional, convirtiéndola en un valor frente a Podemos; mientras que otros sectores, todavía minoritarios,

dan el salto a Podemos. El próximo ciclo electoral puede ser un auténtico infierno para IU, atrapada entre contradicciones irresolubles y condenada de nuevo a ser la pata “izquierda” de otro actor, en ese caso de Podemos. Eso no significa que IU y su capital militante no pueda jugar un papel fundamental en esta época, pero sus ataduras con determinadas políticas (su pacto con el PSOE en Andalucía, por ejemplo) y la escasa voluntad de la dirección de Podemos de contar con la izquierda política para articular la “unidad popular” ponen a IU en una situación extremadamente complicada.

En el caso de las izquierdas independentistas, la situación es dispar y muy determinada por las dinámicas de los procesos soberanistas de cada país. Así, vemos cómo la CUP espera un ascenso fuerte pero no explosivo en sus resultados electorales, que refuerce su identidad dentro del binomio independencia/anticapitalismo, recogiendo por una parte su capital acumulado en el proceso independentista catalán representando al sector de ese proceso que, apostando por un Estado propio, no está dispuesto a pagar el precio de los recortes sociales que propone el proyecto neoliberal de Artur Mas. Su negativa a confluir con Guanyem en Barcelona revela los límites de la CUP a la hora de apostar por espacios más amplios en donde no sea la fuerza nítidamente hegemónica, así como su voluntad de primar la autoconstrucción de su proyecto sobre la generación de dinámicas sociopolíticas más amplias. Sin embargo, hay que reconocer un elemento enormemente positivo en las CUP: son una de las pocas organizaciones que plantean explícitamente un proceso paralelo entre avance en el terreno de la representación institucional y avance en la implantación militante, logrando una sintonía entre ambos “frentes” que les permite evitar los riesgos de burocratización y autonomización de los representantes consustanciales al “juego en las instituciones de los de arriba”.

La estrategia electoral de Bildu parece situarse más en el juego de las alianzas poselectorales. Con un electorado sólidamente consolidado, gestionando municipios y la diputación de Guipuzkoa, su reto parece consistir en mantener un equilibrio entre su alma más posibilista, partidaria de construir un “compromiso histórico” con el PNV y sus sectores más rupturistas, proclives a buscar el *sorpasso* del partido histórico de la burguesía vasca.

En Galiza, el partido tradicional del nacionalismo gallego, el BNG, sufre un lento pero constante declive de su potencia electoral, con una estrategia que oscila entre los guiños al PSOE para evitar un nuevo gobierno del Partido Popular y un sectarismo al estilo KKE griego que les impide dialogar con el resto de la izquierda antineoliberal, lo cual convierte sus campañas electorales en un ejercicio de diferenciación constante. ANOVA, el partido liderado por Xosé Manuel Beiras, se encuentra en una difícil situación. Sin espacio electoral propio, oscilando entre el nuevo ciudadanía radical y la voluntad de mantener un anclaje nacionalista, su escasa implantación territorial le genera una fuerte dependencia del liderazgo mediático de Beiras. Es posible

“... el proceso electoral fue también un proceso de autoorganización popular, concretado en los círculos de Podemos. Es obvio que este desarrollo se ha visto limitado en el periodo posterior”

que ANOVA, uno de los experimentos de partido-movimiento más interesantes que se han dado en el Estado español, acabe condenado a ser una fuerza sin representación institucional: su estrategia electoral unitaria no encuentra interlocutores dispuestos a asumirla, ni en el caso del BNG ni en el de Podemos.

Porque precisamente ese es uno de los retos que le surgen a la izquierda nacionalista. ¿Cómo responder ante el fenómeno Podemos? Si bien es cierto que en la mayoría de los casos no supone una competencia directa con su electorado tradi-

cional, lo que provoca Podemos es la aparición de un “techo”, de un límite, en la expansión electoral de estos partidos. Si antes de la aparición de Podemos el “nacionalismo sin Estado” aparecía como un vehículo que potencialmente podía aspirar a representar la desafección de los no-representados, ese espacio ha quedado temporalmente cubierto por este nuevo actor. De esto se deriva una relación compleja y potencialmente conflictiva: a la dirección de Podemos no le interesa la relación con estos partidos porque le resta electorado en España y estos partidos ven con recelo a Podemos porque lo perciben como un freno para la “nacionalización” de los descontentos.

Si hablamos de estrategia electoral, Podemos es uno de los fenómenos más interesantes de las últimas décadas. No nos vamos a detener en los pros y los contras de sus técnicas comunicativas, como el uso del liderazgo mediático, la disputa en los medios de comunicación de masas o el uso de “significantes flotantes” para transmitir una imagen de transversalidad ideológica que vaya más allá del eje izquierda-derecha. Nos interesa debatir en torno a la estrategia de “toma del poder” que ha planteado la dirección de Podemos, apoyada masivamente por sus bases y cómo materializarla en concreto. La estrategia planteada se fija un objetivo claro: ganar las próximas elecciones generales. De ahí, la dirección de Podemos deriva varios correlatos: que todos los demás procesos electorales se subordinan a las elecciones generales, que toda alianza con el resto de la izquierda, social o política se contraponen a la “unidad popular” y que por lo tanto es un lastre para ganar las elecciones, pues la movilización social asusta a los sectores más moderados del electorado y aleja a Podemos de la centralidad ideológica.

Detrás de esa apuesta se esconde una concepción de la “toma del poder”, en nuestra opinión, unilateral. Partimos de la visión de Gramsci que revolucionó el análisis de la estructura de poder político bajo el capitalismo, con su teoría de las articulaciones entre hegemonía, sociedad y Estado. La clase dominante no ejerce el poder simplemente a través del gobierno, que es solo un espacio-vértice en los aparatos del Estado, que se compone de múltiples espacios no

electos que ejercen de estructuras “regulacionistas” (limitan hasta dónde puede gobernar un gobierno) en manos de las clases dominantes, como los aparatos judiciales. Todo ello en tensión con los espacios intermedios (entre estatales y de la sociedad civil) como el sistema educativo, que reproducen la hegemonía de la clase dominante. En esa “estructura de gobernabilidad”, el gobierno estatal y el parlamento son una pata más, quizás la más visible pero no la más importante: existen otras como los municipios, las comunidades autónomas, las diputaciones, así como múltiples estructuras de la sociedad civil que, en tensión con el Estado, organizan la gobernabilidad de la sociedad, como las asociaciones de vecinos o los sindicatos. Así pues, se hace necesaria una estrategia integrada y multiforme de la toma del poder, y por lo tanto una estrategia electoral que responda a esta perspectiva. No ocupar espacios significa dejarlos en manos del enemigo, como analizó Joan Garcés en su balance de la experiencia del gobierno de Unidad Popular en Chile, mostrando cómo el gobierno de Allende sufrió una oposición que bloqueó a su gobierno transformador desde los aparatos del Estado o de gobierno que no controlaba la izquierda, como municipios o estructuras judiciales, mientras paralelamente la oposición se organizaba desde espacios de la sociedad civil como las asociaciones empresariales o las universidades privadas.

Por eso creemos que la estrategia de toma del poder político que plantea la dirección actual de Podemos es incompleta: creemos que debe existir una dialéctica entre victorias electorales, ocupación de los espacios en la sociedad civil y los aparatos del Estado y generación de una institucionalidad basada en la autoorganización popular que sustituya a través del conflicto a las viejas estructuras, creando otras que surjan directamente del ejercicio democrático desde abajo.

En ese sentido, las elecciones municipales podrían jugar un papel fundamental. En Grecia, determinadas experiencias autogestionarias combinadas con la conquista electoral municipal han conseguido paliar las brutales políticas de la Troika, como por ejemplo, a través de la reactivación de servicios sanitarios abandonados por el Estado central. Esa dinámica también ha regenerado el tejido comunitario griego, prefigurando nuevas formas de organización colectivas, que al fin y al cabo, anticipan una nueva constitución de la sociedad: ni más ni menos, el inicio de un proceso constituyente desde abajo, que podría dotar de un apoyo sólido y activo a los cambios que se implementen desde el gobierno central.

## **Retos inmediatos: las elecciones municipales**

Desde el ciclón Podemos el pasado 25M, diferentes actores políticos que no apostaron desde el primer momento por este proyecto se vieron en la necesidad de resituarse, siendo impulsores de los espacios de confluencia en forma de candidaturas municipales de unidad popular. Si bien este hecho es uno de



los motivos fundamentales por los que se han configurado estos espacios, no podemos reducirlo únicamente a esto. La forma que han tomado (unidad de diferentes fuerzas de izquierda, democracia y apertura a la ciudadanía) tiene sus antecedentes en el 15M.

Estos espacios de confluencia han tenido modos de construirse muy diferentes y sería difícil reducirlos a un único modelo, pero en la mayor parte de los casos se han visto condicionados por las decisiones de Podemos y dependientes de esta organización. Tanto, que se ha invertido la lógica entre lo que fueron las potencialidades de Podemos y las que tienen estos espacios de confluencia: en la fase de creación de círculos, el movimiento real y el empoderamiento popular eran vehiculados por Podemos y los espacios de confluencia volvían a ser espacios reducidos a los activistas y militantes organizados. Concurrir a las elecciones municipales como Podemos no solo le hubiera dado estructura territorial por abajo a Podemos, sino que significaba ver al movimiento popular asaltando las instituciones. Hoy, Podemos se vacía por abajo más allá de los consejos ciudadanos territoriales y la forma organizativa que ha tomado dificulta la pluralidad y pone en cuestión la democracia tal y como parecía ser, mientras que algunas de las candidaturas de unidad popular se vuelven abiertas, democráticas y plurales, con capacidad para generar estructuras de empoderamiento popular, aunque con dificultades para ser actor relevante en la correlación de fuerzas que impone Podemos.

¿Como resolver esta paradoja? Es necesario empezar a romper con la contraposición artificial que desde algunos sectores se ha planteado entre la unidad de la izquierda (social, política, activista) y la unidad popular. La unidad popular tiene que estar estructurada y organizada políticamente para ser democrática y eficaz; el querer excluir a la izquierda militante de esa tarea solo significaría la imposición de un modelo plebiscitario, donde los ciudadanos pasan a ser “una masa” amorfa que solo ratifica o rechaza. Y aclaramos: con unidad de la izquierda no pensamos solo en unidad de las siglas, sino más bien de experiencias, militancias y movimientos sociales.

Estamos convencidos de que podemos convertir estas elecciones en la primera fase de una estrategia de toma del poder integrada, recordando lo que decía Miguel Romero:

ganar en sentido social es la condición de cualquier otra victoria. Y para ello haría falta una mayoría social suficientemente organizada, articulada entre componentes que serán muy diversos, solidaria entre sus diversas demandas y capaz de asumir la calidad de soberanía popular frente a los obstáculos legales y materiales que se interpongan en su camino.

**Brais Fernández e Isabel Serra** forman parte del movimiento Anticapitalistas (forma que Izquierda Anticapitalista adquiere desde su II congreso) y participan en Podemos.